



No queremos petróleo

Jorge Marsá

La posibilidad de que exista suficiente petróleo en el subsuelo marítimo próximo a Canarias como para que su explotación fuera rentable ha excitado el apetito de algunos, y está siendo investigada con todo el detalle y el amor que merece toda buena nueva en el ámbito de la economía.

Marruecos ha concedido autorizaciones para indagar en una zona marítima de 110.000 kilómetros cuadrados, que se extiende hasta sólo 80 kilómetros de la costa lanzaroteña. El hecho de que parte de esa zona pertenezca en realidad a los saharauis no parece perturbar muchas conciencias en este país. A la par, Repsol ha solicitado licencia para rastrear 616.160 hectáreas frente a las costas de Lanzarote y Fuerteventura. Esta exploración se encuentra pendiente, en el momento de escribir estas líneas, de la aprobación del Gobierno español, que parece garantizada si nos atenemos a las entusiastas declaraciones sobre el asunto del delegado de las perras en el califato aznari.

La posible concesión de la licencia para estas últimas prospecciones, que podrían extenderse hasta tan sólo cuarenta kilómetros de Costa Teguise, provocaron la alarma en Lanzarote. El Consejo de la Reserva de la Biosfera, que reúne a partidos políticos y colectivos sociales, solicitó, por unanimidad, al Cabildo lanzaroteño que iniciara un movimiento contra esas previsibles prospecciones y liderara la creación de un frente común en Canarias contra la instalación de plataformas para perforaciones marítimas.

Como siempre, las opiniones sobre

Las consecuencias de un posible accidente en una plataforma petrolífera o de los pequeños escapes de cada día son de órdago

Queremos un petróleo cuyas consecuencias ambientales recaigan sobre otros, y cuanto más lejos mejor

la cuestión son diversas. Y hubo quien no se mostró muy comprensivo con la preocupación del Consejo de la Reserva. ¿No nos encontraríamos ante otra manifestación del típico alarmismo ecologista? Porque las declaraciones de la empresa fueron concluyentes: "no causará el más mínimo impacto ambiental". Continuaba el semanario *Lancelot*: "Repsol asegura que garantiza por completo el cuidado medioambiental y que trabaja con las más estrictas medidas de seguridad".

Se estaba denunciando un peligro inexistente. Y, ante la completa garantía de una empresa tan seria e importante como Repsol, los lanzaroteños respondieron ateniéndose a experiencias anteriores. Quizá recordaran la garantía de seguridad que avalaba las centrales nucleares... antes de los accidentes. Quién sabe si recordaban las garantías ofrecidas no hace mucho sobre la seguridad alimentaria en España, país en el que todas las vacas estaban perfectamente cuerdas. A lo mejor acudían a la memoria la completa garantía que asegura cualquier empresa farmacéutica sobre productos que son retirados del mercado poco después. En definitiva, es posible que no terminaran de fiarse de las garantías que proporcionan aquellos cuyo único objetivo es salvaguardar los beneficios económicos a corto plazo.

Hablando de perras, las consecuencias de un posible accidente en una plataforma petrolífera o de los pequeños escapes de cada día para la economía lanzaroteña son de órdago. Y han atemorizado, lógicamente, a una sociedad insular que vive casi exclusivamente

del turismo, de la comercialización de su costa y el aprovechamiento del clima. Es decir, del sol y la playa. No resulta difícil imaginar las secuelas provocadas por alguna noticia publicada en periódicos alemanes, ingleses o peninsulares sobre playas contaminadas por petróleo: drástica disminución de la afluencia turística de forma inmediata y una imagen de destino turístico contaminado que puede perdurar en el tiempo.

Porque si la zona de prospecciones estuviera un poco más al sur, y los residuos se los llevara la corriente hacia otra parte, entonces, la negativa no hubiera concitado tal unanimidad. En ese caso se podría encargar un costoso estudio sobre los posibles impactos medioambientales, que volvería a revelar la usual preocupación lanzaroteña por el desarrollo sostenible, presentar el informe con grandes alharacas y depositarlo junto al resto de la literatura sostenible insular que reposa en el olvido.

Es más, en ese caso se pondría mayor énfasis en lo de siempre, en las nuevas perras que podrían llegarnos y en la necesidad de asumir los costes del progreso. El mismo semanario *Lancelot*, en el artículo citado, publicaba un apartado con el título "Posibles beneficios" cuyo contenido debe resultar obvio: "la extracción de petróleo frente a Lanzarote podría originar cuantiosas regalías para la Isla".

Parece que las razones de unos cuantos tienen más que ver con su condición de *homo oeconomicus* que con la de *homo ecologicus*. No queremos el petróleo que puede poner en peligro nuestra industria turística. Lógico: queremos un petróleo cuyas consecuen-

cias ambientales recaigan sobre otros, y cuanto más lejos mejor. Y lo queremos a espuestas. Efectivamente, la demanda de productos petrolíferos en Lanzarote se incrementa a un ritmo vertiginoso, puesto que constituyen casi la única fuente de la energía que consumimos (la energía eólica aporta una cantidad tan insignificante, que más parece un adorno para la promoción sostenible). Y consumimos cada día más: el año pasado dilapidamos una cantidad de petróleo que duplica la de 1993.

Las propuestas de hace tan sólo tres años de la *Estrategia Lanzarote en la Biosfera*, que sostenían la necesidad de moderar nuestros consumos energéticos, eran literatura para acallar malas conciencias, alimento electoral para políticos y estímulo para el bolsillo de los técnicos. Todo el mundo sabía que la cosa iba de broma y, por lo tanto, nadie se extraña de que aquellos informes duerman en las estanterías.

Tampoco a nadie extraña que no se haga referencia a ellos ni siquiera hoy, cuando nos negamos a que se extraiga petróleo en nuestro jardín. Porque en aquella *Estrategia* se hacía referencia también a un problema que preferimos obviar: la seria contribución de los lanzaroteños a la contaminación global a causa de la desmesurada necesidad de combustión de petróleo que caracteriza nuestra economía, de la que forma parte, no lo olvidemos, el transporte aéreo que nos acerca a los que tienen que gastarse los cuartos. Y esa sería contribución a la contaminación de efecto invernadero que provoca el calenta-

miento global justificaba, así se escribía, no sólo la obligación de moderar nuestros consumos, sino también la urgencia por incrementar el porcentaje de energía procedente de fuentes renovables y no contaminantes.

Desde entonces, la respuesta de la sociedad lanzaroteña ha sido clara: un incremento desmesurado del consumo de petróleo y un absoluto olvido de las energías alternativas.

Y tampoco ahora, cuando surge el miedo a que las necesidades energéticas de la economía mundial y de la local puedan provocar la contaminación de nuestras costas, se plantea la necesidad de cambiar el rumbo energético de esta sociedad. Ni siquiera unas pinceladas de bienintencionada retórica sostenible acompañaron la protesta por las prospecciones planteadas. Ni siquiera en una institución con tan rimbombante y ecológico nombre: Consejo de la Reserva de la Biosfera.

Y es que cuando el bolsillo se torna insaciable, ni angustia identitaria ni leche machanga, todos los ricos de esta celebrada civilización occidental reaccionan igual, como los niños: queremos más, lo queremos todo y lo queremos ya. Si no hay para todos... mala suerte. Y sobre las consecuencias ambientales, pese a su evidencia, existen dos posturas diferentes: la primera, la vuelta al pensamiento mágico: la contradicción entre nuestra economía y la biosfera la resolverá el milagro tecnológico; la segunda, el cinismo más clásico: que se las apañen como puedan los que vienen detrás.

Mientras tanto, Lanzarote se situó,

Un incremento desmesurado del consumo de petróleo y un absoluto olvido de las energías alternativas

En el resto de Canarias la preocupación fundamental era la usual en este país en los últimos tiempos: la soberanía

una vez más, a la vanguardia del *desarrollo sostenible* en el Archipiélago.

Hasta aquí, el texto constituía un artículo escrito para la prensa inmediatamente después de la toma de posición del Consejo de la Reserva. Artículo que, por razones que desconozco, no fue publicado. Pasó el tiempo y, a finales del pasado año, el Consejo de Ministros aprobó la autorización para las prospecciones de Repsol.

Entonces pudimos darnos cuenta de que en el resto de Canarias la preocupación fundamental era la usual en este país durante los últimos tiempos: la soberanía. Lo principal no es resolver un problema, sino discutir quién es el titular del problema. En consecuencia, la licencia fue recibida por algunos casi con alborozo, pues constituía, en su opinión, un reconocimiento explícito de la soberanía sobre las aguas canarias.

Esta fue la postura que prevaleció en todas las declaraciones inmediatamente posteriores de miembros del Gobierno de Canarias, con la tímida excepción inicial y el silencio posterior del consejero de Turismo, eso sí, todas con una coletilla final que insistía en la esperanza de que la actividad no acarreará consecuencias perniciosas para el medio ambiente. Y es que aquí con el desarrollo sostenible pasa lo mismo que con la religión: casi todos son católicos; pero los que practican constituyen especie en extinción.

En la prensa regional aparecieron con profusión las opiniones de aquellos a los que les rebosaban los jugos gástricos del monedero pensando en los beneficios mone-

tarios. Y poco más en el momento de escribir estas líneas. La única voz claramente crítica que se escuchó a nivel regional fue la de WWF-ADENA Canarias. De los ecologistas de la Ben Magec no tuvimos noticias.

Parece realmente increíble la ausencia de respuesta ante una amenaza de este calibre para la industria turística canaria, el sector que acapara casi el 80% de nuestra economía. Ante un peligro tan evidente que hasta los adalides del crecimiento insostenible en Lanzarote, ASOLAN, han puesto el grito en el cielo.

Al margen de los rizos con el ya mencionado asunto de la soberanía, se me ocurren dos posibles explicaciones a semejante inconsciencia: la primera, que tuvieran razón quienes, pese a críticas como las de quien escribe, defienden que Lanzarote camina un paso por delante del resto de las Islas en asuntos que atañen al famoso desarrollo sostenible. Y la segunda, por entrar en los habituales pleitos insulares, que si las prospecciones se plantearan en las costas de Gran Canaria o Tenerife otros gallos cantarían y con músicas muy diferentes.